

UKALDI (001)
El baile como acto
de resistencia y liberación
A1. Danzar/Morir
B1. Despertar
MUGIMENDUA, HARRIAK2023

Johnno y Spanner se funden en un abrazo en blanco y negro. Están rodeados de gente, pero en este momento solo existen ellos dos. La euforia los alza hacia el cielo por encima de la muchedumbre que baila al ritmo del acid house que retumba en las paredes del edificio abandonado a las afueras de Glasgow, en esa Zona Temporal Autónoma¹ creada tras sortear mil y un obstáculos. Son dos fugitivos a la carrera que se sienten libres, por fin. La victoria se celebra con un abrazo y un beso eterno entre dos amigos, con una exaltación de la amistad sincera como pocas. De fondo suena Anthem de N-Joi: *«Feel the melody that's in the air/True love keep me hard to find/I'm in love with you/ Want you to love me too»*.

Esta secuencia de la película *Beats* (Brian Welsh, 2019) nos demuestra que el viaje era necesario. Hacía falta atravesar el umbral. You got to get in to get out², como rezaba el slogan del club Trosor en la Love Parade de Berlín, en 1991.



A1.

DANZAR/MORIR

Es julio de 1518. Estamos en Estrasburgo, Francia. Una mujer llamada Frau Troffea comienza a bailar sin razón aparente, sin que la música la acompañe. Poco a poco se le irá uniendo más gente hasta formar un grupo de casi 400 personas que bailarán durante más de un mes. Muchos de los participantes morirán a causa de infartos, derrames cerebrales o por el simple agotamiento. Aunque no hay una explicación definitiva tras este brote de coreomanía, se suelen relacionar este tipo de expresiones colectivas con épocas convulsas, como una reacción a un mal común.

El baile como acto comunitario es una constante en la historia de las clases bajas y su rastro se pierde en la cueva del tiempo. Otra de estas expresiones sería los akelarres, celebrados en cuevas como la de Zugarramurdi o en campas como Bolunburu, en Zalla. Estas expresiones de euforia colectiva, fuertemente unidas al baile, eran una reacción al orden establecido, al comienzo de una nueva era de acumulación capitalista y de destrucción de los tejidos colectivos del mundo feudal³. Estos bailes alrededor del fuego, donde lo colectivo imperaba sobre lo individual, donde la danza era una transgresión que en muchos casos supuso la muerte para quienes la practicaban, fueron el sacrificio exigido en aquella época de cambios.

En Euskal Herria, una de las expresiones populares de baile libre era la romería, donde los habitantes de un barrio o pueblo acudían en peregrinaje a la ermita local para festejar en comunidad. Algo que en principio era un ritual religioso, se convertía en un acto liberador, donde los hombres y mujeres de la zona podían bailar, beber y dar rienda suelta a sus pulsiones reprimidas. En una sociedad fuertemente sacralizada como la nuestra, donde el control social ejercido por la jerarquía eclesiástica era prácticamente omnipotente, estas celebraciones se convertían en pequeños actos de transgresión⁴.

En el siglo XX de nuestra era, con la aparición de la sociedad de consumo y del adolescente como sujeto social y político, la música de baile fue un símbolo inseparable de las diferentes subculturas que surgieron en cada época.

El jazz, el rock & roll, el soul, la música disco o el punk fueron expresiones capitales de un sector de la población que, sintiéndose desarraigados en un mundo hecho a medida de los adultos, buscaba reivindicarse y romper con la realidad que se les había impuesto. Muchos de ellos lo hacían al ritmo de la música, desgastando las suelas en la pista de baile.

En los 80 surgió el techno en Detroit y nada volvió a ser igual. La música y el baile apelaban directamente al desierto post apocalíptico en el que se había convertido la ciudad tras la desindustrialización.

Al mismo tiempo, empleaban la máquina para crear la música del futuro. El club se convirtió en el sitio en el que podías ser quien tú querías ser, donde la euforia se construía de manera colectiva, donde no importaba quien hacía música, solo importaba bailar. También era el sitio en el que patear toda la rabia contra la alienación que producía el mundo laboral, estuvieras trabajando o en el paro.

«Yo ya desde el lunes empiezo calentau. Pienso que pase toda la semana, que llegue el finde y empiece a sonar la música. Toda esa energía que voy acumulando durante la semana pensando en lo bien que me lo voy a pasar, en lo que voy a disfrutar, llego a la pista de baile y la saco.»⁵ Yamal

En su texto Rave en el país de las maravillas, Alana Portero hace un paralelismo entre la historia de Alicia y el movimiento rave. Para el autor, el viaje que hacía la protagonista del cuento de Lewis Carroll y el que hace alguien que acude a una rave o a un club a bailar es similar: ambos se desprenden del ego y, a través de la desaparición, realizan un camino de autodescubrimiento. Ambos descienden al subsuelo para dicho viaje. Ambos acceden «al laberinto del aprendizaje a través de una madriguera de conejo»⁶.

Es un ritual que transporta a otra dimensión en la que se sitúa la pista de baile del inconsciente colectivo, donde solo aquellos que han sido capaces de subvertir la percepción pueden llegar.

¹ TAZ, acrónimo acuñado por Hakim Bey para referirse a espacios volátiles en el tiempo y el espacio creados para evadir el control social.

² Tienes que entrar para poder salir.

³ Tesis defendida por Silvia Federici en su obra Calibán y la bruja (2010)

⁴ Homobono, J.I. (1989).

⁵ Sacado de Boom Boom, una mixtape de Sara Goxua subida a su Soundcloud. <https://labureus/01Fnc>

⁶ Publicado bajo el nombre de Alex Portero en la obra colectiva Mundo Subterráneo (La Felguera, 2015)



B1.

DESPERTAR

Volvemos al comienzo del texto donde Johnno y Spanner siguen disfrutando de la euforia colectiva y el abandono del ego. Pero la rave acaba de la peor manera: la policía de las West Midlands irrumpe en el edificio y disuelve a todo el mundo a golpes. Un montón de jóvenes escapan corriendo campo a través. Otros serán detenidos y llevados a comisaría. La violencia del Estado es la que pone fin a la aventura de nuestros dos personajes. Pero no solo a la de ellos. Ese mismo año sería aprobada, tanto por el gobierno conservador como por la oposición socialdemócrata, la Criminal Justice and Public Order Act 1994⁷. El sueño raver murió aquel año.

El día después de la rave nuestros dos amigos escoceses están tumbados en la cama. Uno molido a palos por el brazo armado del estado, el otro con la amenaza de su hermano en mente, que ha puesto precio a su cabeza. Dos víctimas de la violencia estructural; una elegida por la sociedad, la otra impuesta. Una más sutil, la otra más cruda. Mientras miran al techo en silencio son conscientes del fin y dudan si lo ocurrido ha sido real. Lo mismo nos ocurre a veces tras volver de bailar; no sabemos si, de tanto repetirlo, nos hemos creído esa narrativa de la pista de baile como un espacio liberador. Tras la vuelta a casa cansado y vacío, todas esas historias de transgresión y colectividad parecen un constructo artificial que hemos asumido sin llegar realmente a experimentarlo.

Al final, se trata de una rebeldía inocente y hedonista, vacía de ideología. ¿Supone una amenaza? ¿Es posible una revolución en una época post-revolucionaria? Algo parecido ocurre con los akelarres mencionados anteriormente: ¿existieron realmente o hemos dado por válido un relato transgresor que cuadra con nuestro discurso?

Durante los últimos años hemos sido testigos de la entrada de lleno en el mainstream de prácticamente todos los géneros de la cultura de baile; y eso no es una narrativa inventada ni un mantra asumido. No es este un fenómeno novedoso, ni siquiera exclusivo de la música electrónica⁸. Todos los géneros musicales unidos a subculturas juveniles han sido atravesados por el sistema; por sus intereses económicos y culturales. Esta reapropiación que ha hecho el capitalismo de los sonidos unidos a la cultura de baile ha supuesto, inevitablemente, la mercantilización de la misma y la pérdida de gran parte de la fuerza transgresora que pudiera tener. DJ's y promotores hasta arriba de ego, avaricia y cocaína han hecho de la cultura de baile puro entretenimiento vacío, un hedonismo de consumo rápido, otro producto más víctima del scroll. Otro género más a la venta. Lo han convertido, como tantas otras que nos provocan placer, en un subidón momentáneo de dopamina con un bajón inevitable en su cara B.

Tal y como dejó escrito Leo Felipe en su Historia universal del after (Caja Negra, 2022):
«Los clubs se han convertido en no-lugares, zonas de tránsito con mayor sensación de soledad que de colectividad».

⁷ Ley que coartaba las libertades individuales y, sobre todo, las colectivas. Era un ataque contra diferentes expresiones culturales y colectivas de la clase trabajadora, tales como la música de baile o el fútbol.

⁸ En los mismos comienzos del House y del Techno en Chicago y Detroit no hubo que esperar mucho tiempo para que estos dos géneros fueran absorbidos por la industria y fueran devueltos a la sociedad en forma de bien de consumo. Este fenómeno ha ocurrido con prácticamente todos los géneros musicales surgidos tras la Segunda Guerra Mundial.

El beneficio económico y el hedonismo más individualista han conquistado las pistas de baile de todo el mundo. También las han convertido en un trabajo cualquiera, un oficio más, lo que supone la precarización de gran parte de quienes trabajan y se mueven en esta escena, desde quienes llenan la pista con su música hasta los que limpian los restos de nuestros excesos.

Es esta sensación de vivir en un punto de no retorno lo que nos lleva a juntarnos, hablar y proponer ideas; a ponernos en movimiento para, si no revertir la situación, buscar grietas en esta mole por donde poder transgredir y acceder a otra realidad más amable, más colectiva, donde la euforia comunitaria no sea un subidón de unas pocas horas, sino una fuerza que perdure en el tiempo y nos haga avanzar. Porque sabemos que la realidad no es inmutable, porque sabemos que existe una alternativa. Es la hora de construir lo que Mark Fisher llamó Comunismo Ácido y cuyo testigo tomó el colectivo Plan C tras la muerte del filósofo inglés⁹. Es la hora de acabar con la alienación en la pista de baile y que esta vuelva a ser un laboratorio para nuevas formas de relacionarse.

Es la hora de recuperar el control de los medios, disfrutar de la euforia colectiva, exorcizar los males que nos atraviesan a todas y construir algo nuevo mientras danzamos sobre las ruinas del viejo mundo. Es la hora de construir lo que nosotras queramos.

Porque,

*¿cuándo fue la
última vez que
disfrutaste de la euforia
colectiva?*

⁹ <https://archive.transmediale.de/content/building-acid-communism>





"Ukaldi001" es una publicación hecha para
"Mugimendua", acto celebrado en Zalla el 16 de junio de 2023
dentro del programa HARRIAK

HARRIAK

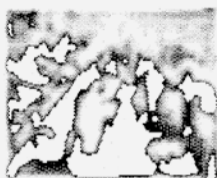
eremuak

enkartur

Zalla

0

UKALDI



0

1